

PORQUE DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO, QUE HA DADO A SU HIJO UNIGÉNITO, PARA QUE TODO AQUEL QUE EN ÉL CREE, NO SE PIERDA, MAS TENGA VIDA ETERNA. JUAN 3:16

PORQUE POR GRACIA SOIS SALVOS POR MEDIO DE LA FE; Y ESTO NO DE VOSOTROS, PUES ES DON DE DIOS. EFESIOS 2:8

El misionero David Morse esperaba a su amigo el buzo en un muelle en la costa occidental de la India. De repente, de la superficie del agua emergió un anciano pescador de perlas llevando entre los dientes una madreperla enorme. Subió al muelle, abrió la ostra y sacó una perla bellísima.

– ¡Qué hallazgo, Rambau! ¡Una fortuna!, exclamó Morse. Pero el pescador se encogió de hombros.

– ¿Qué? ¿Ha visto otras más bellas?

– ¡Oh, sí! Tengo una..., el anciano se detuvo como si le faltara voz. Mire los defectos de esta: esta mancha aquí, esta pequeña brecha... y es

demasiado alargada. Es bella, sí, pero hay mejores.

– Es usted demasiado exigente, protestó Morse. Yo la encuentro perfecta.

– Bueno, es como ustedes dicen, que la gente se ve perfecta para sí misma, pero Dios la ve tal como es en realidad.

Siguieron conversando mientras caminaban por la carretera polvorienta hacia la ciudad.

– Es cierto, Rambau. Dios nos considera a todos imperfectos ante su presencia, y ofrece una justicia perfecta a todos los que simplemente creen en su Palabra y aceptan su salvación gratuita.

– No, no lo puedo creer. Ya le dije muchas veces: es demasiado fácil. Su religión tiene muchas cosas buenas, pero eso no lo puedo aceptar. Tal vez soy demasiado orgulloso, pero tengo que ganar mi lugar en el cielo. De otro modo me sentiría mal.

– Rambau, respondió Morse, quien venía orando por él desde hacía muchos años, ¡no piense que así llegará al cielo! Hay un solo camino: Cristo. No es lo que nosotros hagamos. Usted ya es anciano ya; quizás estas sean sus últimas pescas de perlas. Para que se le abran

las puertas del cielo usted debe aceptar la vida nueva que Dios le ofrece en su Hijo Jesucristo.

– Cierto que esta es mi última temporada, respondió Rambau. Hoy fue mi último buceo. Llega el fin del año y debo prepararme para el año entrante.

– Es necesario que se prepare para la vida futura.

– ¡Exacto! ¿Ve usted aquel hombre? Es un peregrino. Anda descalzo, pisa las piedras más agudas, y a menudo se arrodilla para besar el suelo. Yo también voy a comenzar mi peregrinaje el primer día del nuevo año. Iré a Delhi de rodillas. Lo he planeado toda mi vida. Me aseguraré el cielo.

– ¡Hasta Delhi! ¡Pero son más de 1.500 kilómetros! A su edad no lo resistirá.

– ¡No importa! Tengo que ir. Habrá que sufrir, pero será grato, pues me permitirá ganar el cielo.

– Rambau, mi amigo, no lo haga, ¡se lo suplico! Jesucristo murió para darle el cielo.

El anciano buzo meneó la cabeza.

– No tengo a nadie más querido que usted en esta tierra, amigo Morse. Desde hace muchos años se ocupa de mí; me cuidó en mi enferme-

dad, me ayudó en la necesidad. Pero nadie, ni siquiera usted, me puede quitar el gran deseo de obtener la vida eterna. Tengo que ir a Delhi... Unos días más tarde, Rambau llamó a la puerta de Morse.

– Venga conmigo a casa, quiero mostrarle algo.

– Con gusto, respondió Morse. Pero su corazón se entristeció cuando el anciano le dijo:

– En ocho días me voy para Delhi. Hizo sentar al misionero en la silla donde tantas veces se había sentado a explicarle el único camino de salvación. El pescador le mostró un estuche para joyas.

– Aquí guardo algo desde hace muchos años. No le había contado que tuve un hijo, pescador de perlas también, el mejor en la costa de la India. Se zambullía de maravilla, tenía la vista más aguda, el brazo más fuerte, los pulmones más poderosos. Era mi gozo, mi orgullo. Soñaba con hallar la perla más bella jamás encontrada... y un día la encontró. Pero ya había estado demasiado tiempo sumergido. Subió con la perla, pero murió poco después. Le obsequio esta perla a usted, mi mejor amigo.

Abrió la cajita, y de su envoltura de algodón sacó lentamente una perla enorme, de valor

inmenso. Morse se quedó pasmado de admiración.

– ¡Qué maravilla, Rambau!

– Sí, es perfecta.

Un pensamiento vino a la mente del misionero.

Miró intensamente a su viejo amigo y le dijo:

– Rambau, la perla es bellísima. Se la compro.

Le daré 10.000 dólares.

– ¡Ah, señor Morse! Cómo se le ocurre.

– Quince mil, veinte, o más. Lo que sea necesario. Me sacrificaré por tenerla.

– Amigo Morse, dijo Rambau indignado, esta perla no tiene precio. Nadie en el mundo tiene suficiente dinero para pagar el valor que ella tiene para mí. No la cederé ni por millones. No se la vendo. La puede tener solo como un regalo, porque usted es mi amigo.

El anciano bajó la cabeza y todo su cuerpo se estremeció silenciosamente.

– La he guardado siempre, pero ahora me voy, y quién sabe si volveré.

– No, Rambau. Aunque la deseo, no la puedo aceptar así. Quizás sea muy orgulloso, pero es demasiado fácil. Necesito pagar o trabajar para adquirirla.

– ¡Usted no me entiende! ¿No ve? Mi único hijo murió para obtener esta perla. Su precio es la vida de mi hijo. No la puedo vender; solo puedo regalarla. Por favor, acéptela como muestra de mi amistad.

Conmovido, el misionero se silenció un momento, luego tomó la mano del anciano y le dijo:

– Rambau, ¿cómo no entiende? Lo que acabo de decirle es mismo lo que usted le dice a Dios; y usted me dice lo que Dios le dice a usted sin cesar...

El pescador miró fijamente a su amigo. Poco a poco empezaba a entender... El misionero siguió:

– Dios le ofrece un regalo tan grande y precioso que nadie puede comprarlo. Miles de millones no bastarían. Nadie es tan bueno como para merecerlo. A Dios le costó la vida de su Hijo único para abrirle la entrada al cielo. Usted no podría ganarse la salvación ni consagrándole miles de años y cientos de peregrinaciones. Solo puede recibirla como un regalo del amor de Dios hacia nosotros los pecadores. Usted no tiene que decir nada. Yo acepto su perla con humildad y pido a Dios que sea digno de su amistad. Y, ¿no quiere usted aceptar humildemente el gran

regalo de Dios, sabiendo que su Hijo tuvo que morir para poder dárselo?

Lágrimas corrían por las mejillas del anciano.

– Sí, ahora entiendo. Hace dos años que reconozco el valor de la enseñanza de Jesús y creo en él, pero no podía aceptar una salvación gratuita. Ahora entiendo. Hay cosas que no se pueden comprar ni ganar; no tienen precio. ¡Con agrado recibo el don de Dios!

Amigo lector, cree en el Señor Jesús. Acéptalo en su vida hoy como el regalo incomparable de Dios, y tendrás la salvación eterna de tu alma.



El único propósito de este folleto es dar a conocer la Biblia, la Palabra de Dios.

Para leer más mensajes acerca de la Biblia, ir a: labuenasemilla.net

*Ediciones Bíblicas
Rue de la Serre 9 – 2000 Neuchâtel (Suiza)
whatsapp: +41 77 441 61 96
email: labuena@semilla.ch*

La perla sin precio

